

Acotaciones al estilo de Horacio

EL SECRETO DEL *BEATUS ILLE*...

«En el enorme zumbido de la colmena horaciana» se echa de menos la voz española que se haga cuestión de uno de los temas de indagación más sabrosa: el sentido del poema más conocido —estoy por decir— de todas las letras clásicas, de su *Beatus ille*... Es el caso que, a pesar de su radiante transparencia, un hado burlón parece celar como huerto de Hespérides el designio del poema en el epodo.

Cabría calificarlo, por lo que a nuestras letras se refiere, de poema de los altos destinos. Es él precisamente el que abre la primera huella cierta de la influencia de Horacio en nuestras letras, bien entrado el siglo xv, en las estancias XVI, XVII y XVIII de la Comedieta de Ponza del Marqués de Santillana:

Benditos aquellos que con el azada
sustentan sus vidas e viven contentos...
Benditos aquellos que siguen las fieras
con las gruesas redes e canes ardidos.
Ca estos por saña non son conmovidos
nin vana cobdicia los tiene sujetos
nin quieren tesoros nin sienten afetos
nin turban temores sus libres sentidos.

Y apenas un siglo después, en esa espléndida floración llena de novedad y naturalidad con que los españoles nos ganamos la primacía en el cultivo de la poesía al modo de Horacio, es éste mismo epodo el que cobra en las liras de Gracilaso y en las de Fray Luis, como después en las silvas de Lope, su más

sabrosa y olorosa resonancia. Y es que incorporan los tres en sus poemas originales todo su encanto campesino, añadiendo «su propio espíritu castellano y el oreo del mejor aroma rural, con su sentido de la modestia que amplifica en ondas de belleza su vibración en torno a cada estrofa». La razón nos la apunta Highet. Para los poetas españoles la idílica descripción de la vida del campo del epodo significa algo más que la cruda desviación final. Su gozosa distensión liberadora, de nadie era más necesitada y ensoñada que de sus ánimos y mentes, proyectados a la acción en mayor medida que ningunos otros, lo mismo en enardecidas disquisiciones teológicas que en su espoleo de conquista por los anchos lindes de nuestro imperio.

El epodo —observémoslo— es un entusiasta y cabal encarecimiento de la felicidad campesina. Contrapone sus quehaceres a los sobresaltos del soldado, a los riesgos del marino, a las molestias y desazones de la vida ciudadana. Tras de una rápida enumeración de algunos de sus encantos se detiene en las faenas de cada estación, en los placeres de la recolección de la fruta en otoño, el deleite del sueño al aire libre entre el murmullo del agua, el solaz de la caza en invierno entre nieves y chubascos. ¿Quién con esto no olvida —prorrumpe— las congojas de amores ciudadanos, sobre todo si le toca en suerte una mujer honesta y hacendosa y una sabrosa cena completa la felicidad de la jornada?

Tiene el epodo, como sabéis, un inesperado contrapunto. Cuando creíamos que era el poeta el que hablaba, de improviso juega a burlarnos con el rebrinco de sus cuatro versos finales. Se trata del usurero Alfio. Enfriado en su entusiasmo volandero, recoge en los Idus su dinero para volverlo a poner a rédito quince días después, en las Calendas, el día de mercado, en que es por esto mismo mayor su precio.

Mas se diría que este brusco viraje no acaba de conseguir su objeto. Y es que ha dado tan apasionado arranque al epodo y ha puesto tanto anardecimiento y tanta fruición y donosura a lo largo de los 66 versos primeros, que no acierta a desvirtuarlos por completo. Hasta el punto que podemos preguntarnos con Sellar: ¿«Es el poema realmente una sátira disfrazada de idilio, o es más bien un idilio que acumula en la descrip-

ción el encanto ideal de la vida del campo?» A lo que el sagaz crítico escocés responde: «No cabe duda de que es la expresión más sincera del amor italiano a las labores campesinas y a su provecho y rústicos solaces».

A Gastón Boissier, que ve en el epodo «el elogio más vivo y quizá más completo que se ha hecho nunca de la vida del campo», una sola explicación le parece verosímil. «Molestaba a Horacio —nos dice— ver tantas gentes que admiraban el campo sin sentirlo, y quería reírse a expensas de los que, sin opinión alguna personal, se creen en el deber de aceptar todos los gustos que están de moda y aun exagerarlos, lo que irritaba a un espíritu justo y recto como el suyo, ganado sólo por la verdad».

Se ha aseverado que obedece el elogio al deseo, de lograr de su protector Mecenas el don de la quinta de la Sabinia, o de la acción de gracias por la merced recibida. Es patente que el poema, uno de los primeros del libro de yambos, está escrito hacia el año 38 a. J. C., apenas logrado el recobro de su vida, de vuelta a Roma tras el desastre de Filipos. Ni había intimado todavía con Macenas, ni sentía el apremio de hurtarse al acoso de la nube de pedigüños y curiosos, que unos años después espiaban su paso en demanda de secretos de Estado o de entregarle memoriales para el consejero de Augusto, exacerbando su desazón por recobrar la paz y libertad perdidas. Es, por tanto, anterior en tres años al don liberador de la quinta de los montes sabinos.

Afirman otros que se trata de una parodia del elogio de la vida campesina de Albio Tibulo, la elegía I del libro II, escrita hacia el año 24, catorce después del epodo —les basta para ello con sustituir Alfius por Albius—, o del encarecimiento virgiliano de la felicidad de los labriegos, que cierra el libro II de las *Geórgicas*, explicaciones que no acaban de satisfacernos.

Paremos mientes de primeras en el carácter del género a que pertenece. Forma parte del libro de sus yambos, como los llama Horacio. El nombre de epodo no aparece hasta el siglo III de Cristo en su comentarista Porfirión. Ve el libro la luz, el año 30 a. J. C., aunque la fecha del poema es a todas luces muy anterior. El género —que se precia Horacio de haber introdu-

cido en Roma —*Parios ego primus iambos ostendi Latio*— define por sí el carácter del epodo. Con su ritmo pedestre, terrero, el mismo con que se mueve en su espontáneo paso la lengua hablada griega y latina, nos dicen Aristóteles y Cicerón, ritmo de vuelta a mínima distancia, de sólo tres tiempos condensados los dos últimos en la larga, era usado en las fiestas de Demeter y Iackos. Arquíloco lo pule y presta al trímetro su estricto perfil de dardo que vibra en sus burlas y vayas. Con clara intuición lo prefiere Horacio en la primera elección decisiva a que se arriesga. Su temperamento vital y la generosa herencia paterna moldeadora de su alma con su buen sentido, con su acucio a la observación de personas y cosas, con su sorna socarrona, le aconsejan desoir las voces de la deshumanizada poesía alejandrina, de moda en Roma a la sazón, no menos que las de la elegía erótica que acababa de instaurar Cornelio Galo.

Elige la sátira al modo de Lucilio y los yambos. La forma simple de éstos servía a maravilla a su intento de hacer invisible su arte, vertiendo en su molde el hervor de su alma. Su innovación va a consistir en imprimirles el vigor e impulso de Arquíloco, tan distinto del de las porfías jocosas o serias de sus antecesores romanos, Catulo, Licinio Calvo y Furio Bibáculo. Y a la par, en introducir la novedosa traza de cerrar el trímetro con el contrapunto del dímetro, a que debe su nombre de epodo, ἐπῶδεςται. Y en alternar sus andanadas de invectivas personales, su maledicencia, los desahogos de su pasión burlada por la perjura Neera, sus dicterios contra la bruja Canidia, o los denuestos del yugo de su amante Inaquia, de Licisco o de la liberta Frine, con una actitud privativa horaciana, desapercibida de los más: su acucio de solidaridad con los riesgos de su patria, su sentido militante, revelador del destino irrenunciable de su pueblo, con que, a par de Virgilio, anticipa el desazonado imperativo sartreano. Así da suelta al turbión de su dolor de la patria, a sus arrebatos de alborozo por el triunfo de Roma en el riesgo mortal de Actium, a la reiterada maldición de las contiendas fratricidas, al llamamiento a su pueblo a arrancarse tras él del suelo de la patria profanada y a ampararse en las islas afortunadas, en una de las más viriles imprecaciones de las letras clásicas.

Pues bien, de este reverso de sus yambos forma parte el elogio de la vida del campo, su epodo II. Sirve al designio esencialmente romano de edificar, tal vez sin expreso deseo de su autor. Concorre a ello una influencia decisiva: su entrañable amistad con Virgilio y Mecenas. Ella le familiariza con la marcha del poema que absorbe a la sazón al mantuano, las *Geórgicas*, en que, instigado por Mecenas, se propone avivar el gusto por las faenas campesinas, por lograr la vuelta al laboreo de los campos. El cotejo del episodio que cierra el libro II con el epodo nos revela el influjo directo de Virgilio. Notad que Horacio opera con la mayoría de los motivos virgilianos: el alejamiento de la discordia de la guerra (G. II, 459), el sobresalto del toque del clarín en la milicia (Ib. 539), la petulancia agresiva de los pórticos señoriales (Ib. 461), el mentidero del foro (Ib. 502), el mugir de las vacadas y el mullido reposo al pie de los árboles (Ib. 470), la apacibilidad de la vida campesina y los variados provechos que reporta (Ib. 467-8), el realce de la cosecha de cereales y frutas en que el año rebosa (Ib. 516-7), el solaz de la caza (Ib. 471), y el cuadro de felicidad del hogar que preserva la casta esposa y en que el corro de dulces hijos pende del rostro de los padres (Ib. 523-4).

Dentro de la peculiaridad de cada alma y de cada estilo esencialmente diversos, es patente la dependencia directa. En el elogio virgiliano se elevan los hexámetros enardecidos de religiosa gravedad y melancolía, deformado el mundo exterior por la lente de cada estado de emoción del poeta, del sentimiento que en cada trance le embarga y que matiza cada escena de un halo difuso de asociaciones, experiencias y reminiscencias personales. Aplica su técnica de asociar a sus faenas labradoras no sólo a la familia del labriego, sino a toda la comunidad y hasta a sus sufridas yuntas, sus compañeros de trabajo, y de encarecer las viriles expansiones campesinas en sus porfías sobre el césped, y de fundar en esta vida de trabajo y religiosidad la grandeza y la belleza de Roma. El elogio horaciano, en cambio, arranca de la desazón de la vida ciudadana. Y por contraste precisa en objetiva enumeración la delicia de algunos de los quehaceres campesinos: el maridar las vides con los olmos, la poda y el injerto de los frutales, el envase en lim-

pías orzas de la miel exprimida por sus manos de los panales, el trasquilar las ovejas y el vagar de sus vacadas mugidoras, para cargar el acento en el placer de la recolección y en el encanto de la naturaleza en otoño y en los solace sinvernales, y en la ausencia de congojas del amor compartido con una casta compañera que cuida la hacienda y abastece gustosa comida casera, regada del dulce mosto nuevo, preferible a los exquisitos manjares ciudadanos. Y en el gozo de contemplar al caer la tarde la vuelta de las yuntas cansinas y el correteo al establo de las ovejas ahitas, y el nutrido enjambre de esclavitos acarrados en torno a las lucientes estatuillas de los protectores lares hogareños.

El encanto del epodo estriba en que Horacio acomoda su visión a la realidad, al fondo de delicia de los quehaceres, provechos y goces campesinos tal como son. De ahí que nuestra vista, sin pararse en el arte de vítrea transparencia del epodo, se inserte en la fruición de realidades naturales y humanas, en ese vivaz extracto de vida representada. Y nos incite a la intervención, a interesarnos, a estar de lleno dentro de ella en la más deleitosa convivencia. Mas reparemos en la circunstancia del poeta reflejada en el epodo con su claro juego de contrastes: la desazón de su vida de sobresalto, atada hasta entonces al servicio ajeno en su plaza de escribano de la oficina del cuestor, y el tedio de los fugaces amores de libertas y cortesanas, y del hervidero de ruidos y acezantes afanes de la urbe y de la pesadilla de horrores de la guerra civil, en que con tan poca gallardía, salvó la piel. Por eso su ánimo, amante de la naturaleza, soñaba con la vuelta al sosiego del campo, avivado el recuerdo de su infancia en Venusia, a su libre vagar por las orillas del Ofanto o por las faldas del monte Voltur, durante los años que conformaron para siempre los gustos de su alma.

Esta ansia de liberación en la ensoñada fruición campesina, que instiga la natural desazón de su propia suerte, va a cristalizar en el epodo señalando su hito esencial, el mismo de la primera de las sátiras que sabemos acababa de componer entonces, y que aflora a lo largo de su obra: que nadie está contento con su suerte.

Concorre en él probablemente, como apunta Kiessling en

su sagaz comentario al epodo, la incitación de Arquíloco en los yambos que comienzan: «Ni me importan las riquezas de Giges, ni la envidia me roe, ni me atraen las proezas de los dioses, ni ansío la grandeza del tirano, que todo esto cae lejos de mi vista (citado por ARISTOTELES, *Rhet.* III, 17). Prefiere Arquíloco, nos dice, la sátira de la ambición o del afán de gloria, no de modo directo sino poniéndola en boca del carpintero Garón.

Así también Horacio va a servirse de una persona contemporánea suya, muy conocida por cierto en Roma, el usurero Alfio. Reparad que el poeta opera con la pasión que le es más ajena, la diametralmente opuesta a su alma: la obsesión de poseer. La donosa burla del proverbial usurero va a encabezar su galería de avaros. A ella asoma su Fufidio, temeroso de dar en derrochador, que descontaba el 60% al capital de cada préstamo y perseguía tenaz a los más libertinos, apenas ya mozuelos tomaban la toma viril. Y que a pesar de sus inmensos caudales «apenas podrías figurarte lo miserablemente que se trata», *Sat.* I, II, 12-24. Y el logrero Rusón, que si al llegar las hórridas calendas, plazo en que fina el préstamo, «no sacan sus deudores capital o interés de donde sea, fuerza será le escuchan sus amargas historias con el mismo ademán del cautivo que alarga el cuello a la cadena», *Sat.* I, III, 83-89). Y la risible estampa del pobre rico Opimio, que a fuerza de abstinencias «cierto día cayó en tan grande desmayo que ya estaba brincando su heredero gozoso alrededor de arcones y de llaves. Su médico leal volando le devuelve el sentido de esta suerte. Manda que le aproximen a la cama una mesa y que encima vacíen talegas de monedas y que se arrimen muchos a ir contándolas. Así recobra a mi hombre». Pero a poco no puede contenerse y pregunta al médico que le sirve alimento: «¿Cuánto ha costado? Poco. Pero, ¿cuánto? Ocho ases. ¡Ay de mí! ¿Qué más me da que me mate este mal o me acaben a sisas y rapiñas?», *Sat.* II, III, 141-157. Tengamos presente que el dar dinero a rédito, al interés usual del 12%, era en Roma un respetado menester mañanero. El mismo Horacio nos lo declara: «Fué grato y sacrosanto por largo tiempo en Roma de mañana, abierta bien temprano la puerta, ir repartiendo a renta dineros con cautela, a personas solventes». *Cautos nominibus rectis expendere num-*

mos. Ep., II, I, 102 ss. Volviendo al usurero Alfio, era proverbial su habilidad en conseguir el pago puntual de intereses. Nos consta por esta frase suya transmitida por Columela: «Ni conviene apretar demasiado ni abandonar tampoco por completo al deudor, que aun los mejores pagadores se convierten en malos si no se les apremia». Col., I, 7, 2.

Este famoso logrero, que, sin duda, no conocía tal cual es la vida del campo, se siente atraído por sus provechos, cada vez que se le va la imaginación tras ella en sus crisis de insatisfacción, de tedio del fasto de los banquetes o entre el vacío que le dejan los amores de las heteras. Pero sobre todo, entre el sobresalto de sus operaciones financieras, que el poeta nos traslada con tonos de idilio. Mas como a la vez expresa sus propias ansias, adquiere el encarecimiento de la felicidad campesina el tono del μακαρισμός, de la bienaventuranza, que no se compadece con el género. Por lo que el poeta se apresura a rematarlo con la punta de humor, el cambio de propósito del logrero, el fondo, en suma, del corazón humano partido a ilusiones y conveniencias.

Para acabar de entender el sentido del epodo, fuerza es tener presente que responde a un procedimiento característico del estilo de Horacio, a su privativa traza de humor. Un detenido examen de su obra lírica y satírica nos lo esclarece. Horacio resiste a la invasión poética o al arrebató de su pasión, frenando o rebajando violentamente la carga emotiva. Para ello unas veces se vuelve contra sí mismo, procedimiento en él habitual y que es parte a desarmar por entero a sus detractores. Así dos de sus magistrales odas nacionales, las que encabezan el libro tercero, se encierran con un rasgo de disminución, de desestimación de su obra. Nos ha trazado en la tercera un cabal trasunto del varón justo, rematado con dos versos imperecederos: *Si fractus illabatur orbis impavidum ferient ruinae. Carm.*, III, III, 7-8. Si derruido se desploma el orbe, le aplastarán impávido sus ruinas. Y en medio de las predicciones de Juno, que depone su ira contra el descendiente troyano y presagia el triunfal destino de Roma, de pronto corta en seco su enardecimiento profético: «¿A dónde te disparas, musa mía? Si no le va esto al tono retozón de mi lira. Deja ya

de contar las charlas de los dioses contumaz y rebajar lo grande a tu parvo rasero». Ib., 69-72.

En otras, como en la IV del libro I, tras de encarecer la brevedad de la vida y el apremio de la noche eterna y el frígido reino de Plutón, entrecorta la seriedad con un guiño burión: «*quo simul mearis/, nec regna vini sortiere talis/nec tenerum Lycidan mirabere, quo calet iuventus/nunc omnis et mox virgines tepebunt. Carm. I, IV, 17-20.*

Todavía es más llamativo el viraje en sus charlas. Observadlo en la primera, tan cercana en fecha y tema al epodo: la desazón humana que hace a todos estar descontentos de su suerte. La sátira, dirigida a Mecenas, termina: «Apenas nos es dado hallar quien asegure que ha vivido dichoso, y quien finado el plazo, se vaya de la vida cual convidado ahito». Y corta al punto: «Basta ya. Ni una palabra más. No vayas a creerte que al pistojo Crispino (un estoico sabihondo) le robé las carpetas». Sat., I, I, 117 ss.

La pirueta reaparece en la mayoría de las charlas bajo diversas trazas. Me limito a destacar el golpe final de las amenazas a Davo, su siervo, excedido en la mofa de su amo a favor de la licencia de las Saturnales. Y el incomparable remate de su sátira maestra, para mi gusto, el encuentro con Damasipo, en que a las prédicas estoicas de que todos estamos locos, responde volviendo contra sí los filos de la más hilarante ironía.

No es otro el procedimiento con que en la cima del idilio, frena el entusiasmo que ha contagiado nuestro ánimo a par del suyo, con el golpe maestro de la previsora cautela del logrero. Se trata de uno de los más novedosos juegos de humor horaciano. Sobre el cañamazo del perenne descontento del hombre con su suerte, se ríe de la pasión que le es más ajena a costa del usurero Alfio, bordando con los hilos de los goces y provechos campesinos el elogio más vivo que se ha hecho jamás de la vida del campo. Mas como ha dado suelta al borboteo de sus mismas ansias, ha de apresurarse a enfriárnoslo con la traza de su estilo: rebajando violentamente la carga emotiva.

Con ella nos preserva de que tomemos demasiado en serio el encarecimiento. Si el epodo gana o pierde con esto, apenas

cuenta. Lo importante es que el poeta instaure, desde uno de sus primeros poemas, con ese rebrinco con que se burla del lector y de sí mismo, la intrascendencia de su propio arte. Con lo que su sagaz intuición estética se anticipa a adivinar, a veinte siglos de distancia, el rumbo de nuestros gustos: ese sesgo irónico, ese alacre rezumo de humor, esencial a toda obra de arte verdadero.

JAVIER DE ECHAVE-SUSTAETA.